

## SERMON

### DE LOS DOLORES DE NUESTRA SEÑORA.

*Ad locum, quem elegerit Dominus, venietis et offeretis, holocausta et victimas vestras.*

Al lugar que eligiere el Señor, vendréis, y ofreceréis vuestras víctimas y holocaustos.

(Deut., XII-5 y 6.)

El último libro de los cinco que componen el Pentateuco, ó sea los legales del Testamento Antiguo, para hablar con la frase verdaderamente escrituraria, es el *Deuteronomio*, que se interpreta por griegos y latinos *Segunda Ley*; no ciertamente porque en sus páginas se hallen nuevos preceptos, distintos de los que el pueblo recibiera, agrupado un día á la falda del Sinaí, sino porque en ellas se repite esa misma ley, y se intiman de nuevo esos mismos preceptos, y se marcan detalladamente las promesas y los anatemas de Dios á las nuevas generaciones, sobre todo, que se habían sucedido durante la marcha por el desierto. Próximo ya el pueblo escogido á entrar en la tierra de promisión, que sólo debían pisar Josué y Caleb, de toda la multitud que salió del Egipto; muerto Aarón, y ya inminente la subida de Moisés á la elevada cumbre del monte Nebo, para ver desde allí la tierra suspirada y morir también, el caudillo y legislador de los hebreos recorre en rápida síntesis los hechos admirables ocurridos en aquellos cuarenta años, y los beneficios dispensados por Dios al pueblo en aquellas in-

mensas soledades que acababan de dejar á su espalda; repite y explana los preceptos del Decálogo; anatematiza una vez más la idolatría y el trato con los incircuncisos, eternos adversarios del pueblo de Dios; establece leyes ceremoniales; asigna ciudades de refugio; organiza las costumbres; y tras de saludables advertencias é inspirados consejos, hace jurar al pueblo, entre anatemas terribles, la observancia de esta *repetición de la Ley*; constituye sucesor suyo á Josué; coloca el Deuteronomio en un costado del Arca de la Alianza; entona su postrero cántico de acción de gracias á Dios; bendice á las tribus, profetizándolas, cual otro Jacob su porvenir y destino; sube al monte, mira la tierra prometida, y muere.

Yo subo también hoy, mis hermanos, al monte de la mirra, y al collado del incienso para ver otra tierra más dilatada y más feraz que la de Canaam, porque está regada con la sangre del Salvador y con las lágrimas de la Virgen Madre: antes que yo, subió Él, y aunque Dios, se elevó en la Cruz, bien así como Zaqueo el pequeño en la higuera silvestre, y desde allí vió pasar las mil generaciones del pueblo que salvaba, hasta la consumación de los siglos: y al pie de esa Cruz, María, que tenía crucificado en aquel árbol santo su corazón, vió también, desde ese monte Moria del Testamento Nuevo, toda la extensión del nuevo reino de Jesucristo en la extensión inmensa de sus dolores, comparados al mar, en bella aplicación por la Iglesia, de los desastres de Jerusalén deicida.

¿Por qué no murió allí también María? ¿Por qué su corazón fué más fuerte que las rocas del Calvario que se hicieron pedazos, que las losas sepulcrales que estallaron, que la naturaleza que se conmovió, que las pupilas del Centurión que se alzaron, como espantadas, en medio de tantas tinieblas? ¿Por qué no murieron los sayones y los hombres de la ley, los soldados y las santas mujeres, y el discípulo del amor, y nosotros, y yo el primero, al subir ahora, con la imaginación, á ese monte de los dolores? Nosotros, voy á decirlo en seguida, mis hermanos; porque no tenemos corazón, porque nuestra creencia

es más teórica que práctica, más especulativa que experimental: los sayones y los fariseos, los soldados y los seguidores de Jesucristo, porque unos y otros debían, como el pueblo antiguo de la de Moisés en el Nebo, ser testigos de la muerte del Hombre Dios en el Gólgota: María, la Madre y Reina de los Mártires y de los Dolores, porque semejante á la zarza misteriosa de Oreb, debía inflamarse, pero no consumirse en esos dolores, no sólo para excitar nuestra compasión afectuosa en consideración de los mismos, sino para recibir, como Josué, el legado de la dirección del pueblo, nuevamente, y para siempre escogido; y para conducirlo y guiarle, aun mejor que Josué, no entre victorias y prodigios, sino entre sufrimientos y dolores; voy á decirlo ya de una vez, y á presentar mi proposición, basada sobre las palabras de mi tema, y con relación á los Dolores de la Madre de Dios: *María al pie de la Cruz de su divino Hijo, cumple por todo extremo el precepto enunciado en las mismas, y lo proclama en alta voz, salvando á la humanidad por las vías del dolor, de la abnegación y del sacrificio. Ad locum quem elegerit Dominus..... etc., etc.*

Virgen de los Dolores, imprime los tuyos, siquiera por un instante, en mi corazón y en el de mis oyentes, para que aprendan en esa escuela, que es la escuela de la grandeza y de la felicidad de las naciones, de los pueblos, de las familias y de los individuos; que nosotros para enjugar tu llanto y aminorar, en lo posible, tus penas, te saludamos, en días más dichosos, con el Arcángel, llena de gracia.

#### AVE MARÍA.

Un Santo Padre, ocupado en la ponderación de los Dolores de María, y fijándose precisamente en la circunstancia, digámoslo así, agravante, de la personal presencia de la Virgen Madre en el monte Calvario en aquellos supremos y solemnes momentos, pasa como revista, en rápida, pero admirable sín-

tesis, á las madres que precedieron y prefiguraron en alguna circunstancia ó detalle á la Madre por excelencia, por naturaleza y por gracia, y hace notar con viveza la intensidad de este dolor presente, de este martirio de testimonio, en que los ojos de la Santísima Virgen, semejantes á los de las palomas de Hesebón, que reproducían en su cristalina pupila, todo lo que pasaba dentro de los muros de la Ciudad Santa, fotografaban, permitidme la expresión, todos los dolores del nuevo Moisés, en la Cruz espirante, en el fondo del corazón de esta nueva Séfora, su esposa, su hija, su amante, su Madre.

Eva, á pesar de su falta y consecuente expiación profunda, no es condenada á ver morir al inocente Abel, sacrificado por la envidia de Caín: Sara, no obstante la sonrisa dudosa é incrédula que asomó á sus labios, cuando oculta tras el dintel de la tienda de Abraham, junto á la encina del valle de Mambré, escuchó de boca de los disfrazados huéspedes el anuncio de su maternidad futura, no es obligada á acompañar al afligido padre y al resignado hijo al monte Moria. Agar, vagando por los desiertos de Betsabé, se aparta en el instante supremo que precede al auxilio del Cielo, para no ver, según sus mismas palabras, morir á su niño: Resfa guarda los cadáveres de sus hijos, bárbaramente crucificados por los de Gabaón, pero no presencia, sin duda, su horrible agonía: Dios, dice terminantemente San Juan Crisóstomo, sabrá ocultar á Noé la ruina del humano linaje para no afligir su corazón; sacar á Loth y á su familia de Sodoma para no espantar sus oídos con los clamores de las víctimas, aunque justas, como las del diluvio, de ese otro diluvio de fuego; y sin embargo, permitirá que ante la presencia de esa Madre sin pecado, de esa Virgen de los Dolores, se manifieste, no ya solamente la túnica ensangrentada del nuevo José, real y efectivamente devorado por la fiera Sinagoga, sino su cuerpo descoyuntado y herido en la Cruz, sus manos y pies clavados en el afrentoso madero, sus labios secos y cárdenos, sus ojos apagándose á la luz de la vida, entre horrores, crueldades, abandono y sarcasmo, y su corazón herido

sin piedad, aun después de la misma muerte: oirá sus palabras, recogerá sus acentos, escuchará su despedida y legado supremo, bien distinto por cierto, al menos en la apariencia, de las bendiciones del Profeta que sube al monte que mira á Jericó... ¡ah, mis hermanos! Nabucodonosor era muy cruel, ¡y sin embargo, no consiente que los hijos de Sedecías contemplen la muerte de su padre!

Pero es que la Ley, repetida segunda vez en el Deuteronomio, se repite la última, tercera y solemne, en el monte Calvario: es que la realidad, para siempre duradera, reemplaza á la figura: es que detrás de la sombra aparece la luz: es que á la Ley se sigue el Evangelio: y aunque desaparezcan los ritos y las ceremonias del pueblo hebreo, queda la verdad y la moral del pueblo cristiano: es que en los oídos y en el corazón *de diamante* de esa Mujer, en frase de la Iglesia, que así lo canta en sus himnos de los Dolores, resuenan precisas, severas é infalibles las palabras que pronuncié cuando comenzaba: *Ad locum*, etc., etc., y este lugar es, en nuestro caso, el Calvario; y la víctima y el holocausto el Hijo de Dios, que obedece, como Isaac, las intimaciones de lo alto, aun en sus menores detalles: y María de los Dolores, aunque es Madre, y doblemente Madre, no digo de su Divino Hijo y nuestra, sino de ese mismo Hijo concebido sin concurso de varón, y formado única y exclusivamente de su sangre; María, repito, aunque es Madre y Padre á la vez de Jesús, según la carne, y Madre amantísima y Virgen sin pecado, y Mujer delicada y perfecta en su organización física, intelectual y moral, en sus sentidos, como en sus pensamientos y en sus afecciones, María, no me cansaré de repetirlo, á pesar y por encima de todo eso, en el monte de sus Dolores, junto á la Cruz del Salvador, donde la celebra *inmóvil* la poesía de la Iglesia, es sacerdotisa, es sacrificadora, como la denominan ilustres y profundos Padres; por eso, no menos que á su Divino Hijo, se dirigen esas palabras proféticas y decisivas; no en Belén, no en Nazareth; no en el templo, no en mil ocasiones en que se vió cercado y perseguido; no en el seno

de sus discípulos, no en el regazo de su Madre, no: en el Calvario, y solamente en el Calvario, y con todo ese lujo espantoso de fiereza, y ese exquisito refinamiento de dolores para el uno como para la otra, y como enseñanza y camino para los dolores de la sociedad y de la vida: *Ad locum*, etc.

Porque los Dolores de esa Virgen Madre, si no han de ser completamente estériles para nosotros; si han de encerrar en su profundidad y grandeza una enseñanza grande y profunda también para la vida de la humanidad á tanta costa y á tanto precio redimida, es preciso ya considerarlos difundidos en esa misma humanidad, inevitables para ella, que en su cualidad de habitante en este valle de lágrimas, y peregrina en este mundo de miserias, ha de sufrir esos dolores, de grado ó por fuerza, si le están reservados en los altos juicios de Dios, para prueba de su fe, ó para castigo de sus faltas; y siempre en el lugar, tiempo, modo y forma que Dios haya determinado en sus consejos inexcrutables y altísimos; y es más: esa humanidad, débil y culpable, como es, se purificará, se ennoblecerá, recorrerá caminos de verdadero progreso y de indubitable gloria, mientras, en vez de arrastrar una existencia enervada y lánguida por las vías de la molicie y del placer, camine impávida y serena por las sendas del dolor y del sacrificio.

Abrid, mis hermanos, por cualquier página, la historia, madre y maestra de la experiencia y de la verdad, lo mismo en las divinas que en las humanas letras, y lo veréis al punto, ostensiblemente confirmado: el pueblo judío, oprimido por el trabajo de las obras faraónicas, encuentra, por fin, libertador y tierra prometida; entregado á los placeres, sufre el yugo de los incircuncisos, las discusiones y guerras intestinas, la división de sus tribus, la opresión de los extranjeros; y esperando un Mesías carnal, y una dominación material y fabulosa, se halla deicida y maldito, y prófugo y errante entre todos los pueblos, sin altar, sin rey, sin sacerdocio y sin sacrificio: Babilonia, preñada de riquezas, y teniendo entre sus manos el cáliz abominable de la prostitución, se derrumba con la violen-

cia y estrépito de una piedra arrojada en el cauce de un torrente: Roma, Esparta, Lacedemonia, Atenas, naciones verdaderamente legendarias en sus hombres como en sus hechos, en sus héroes como en sus empresas, desaparecen en el fango de su excesiva civilización material, como los grandes y absorbentes imperios del mundo antiguo: en cambio, la sociedad cristiana nace y vive, y crece, y se propaga entre sangre y contradicciones, y sacrificios y dolores, desde el augusto monte de los de María, obediente á la ley y al lugar, y á los detalles más precisos de su cualidad de sacrificadora y perpetua maestra de las sociedades futuras: y Polonia y Escocia é Irlanda, en los tiempos novísimos, admiran al mundo moderno, que se ve obligado á confesar que el infortunio, el dolor, el heroísmo y el sacrificio constituyen á los pueblos, como á las familias y á los individuos en el más alto grado y concepto de elevación y de gloria.

Y ya, para concluir, decidme: España, esta gran nación, tan fuerte é invencible, y poderosa y temida, y respetada y querida en los días de sus mejores costumbres, de su severidad y nobleza de conducta, de su austeridad de vida, y de su heroísmo, abnegación y sacrificio, como ahora postrada y menospreciada entre todo su fausto, y su molicie, y sus adelantos, y su progreso; ¿cuándo pensáis que fué más grande y más feliz en los tiempos antiguos? ¿cuando sepultaba toda una monarquía en las ondas turbias y sangrientas del Guadalete, entre el esplendor, todavía deslumbrante, de las cortes de Witiza y de Rodrigo, ó cuando la primera Isabel, la Católica, se despojaba de sus joyas para ayudar á Colón y á su querido pueblo en la conquista del Nuevo Mundo?

Venid ahora, al hogar, señores: escuchad la gran palabra del Salvador con respecto á los dolores de la familia, y veréis, consciente ó inconscientemente, como ahora se dice, á los domésticos del hombre, convertidos, con harta frecuencia, en sus enemigos, y en la causa de sus dolores, y en la prueba, y en la realización, apetecida por Dios, del sacrificio enseñado en el

Calvario: todo el que no tome esa cruz sobre sus hombros y le siga; todo el que no suba al Nebo y al Moria, y al monte del incienso y de la mirra, que no se apellide discípulo de Jesús, ni predilecto hijo de María en sus Dolores; que el dolor es triste propiedad exclusiva de aquí abajo, del hombre, de la tierra, de la humanidad, en fin, culpable y desgraciada; pero desde que oprimió el corazón del Hijo y de la Madre, ha quedado santificado, engrandecido, sublimado, capaz de hacer mucho bien, la misma felicidad del hombre en la vida.

Tiendas patriarcales en las que, á pesar de todo, supo introducirse el dolor; reyertas y envidias del hijo de la esclava y de la señora, de Sara y de Agar, de Isaac y de Ismael que amargasteis la vejez del padre de un gran pueblo; misteriosas desavenencias de los dos mellizos Jacob y Esaú, que aumentabais con lágrimas la ceguera del buen Isaac, el del sacrificio, introduciendo en su pacífico hogar la discordia hasta el fin con la presencia de las mujeres cananeas, que anticipado Salomón llegó á idolatrar el fiero cazador, alejado del regazo de Rebeca; Raquel y Lía, tormento de Jacob; José, inocente causa de los dolores de su padre; Dina, imprudente, culpable de la matanza de los Siquimitas; Sara, viuda de siete maridos, cubierta de oprobio por una sierva..... pasad, pasad todas, rápidamente, porque sufristeis antes de los dolores de María, y no pudisteis por lo tanto ni alentaros con su noble y bendito ejemplo, ni aprender toda la sublimidad y grandeza que se encierra en la escuela del dolor y del sacrificio; porque no pudisteis contemplar el sublime y consolador espectáculo de María, Virgen Madre de los Dolores, inmóvil ante la Cruz, extendiendo hacia ella sus brazos, colocando en ella su alma, contando los latidos del corazón amante de su Divino Hijo por los latidos del suyo, y consolando esos dolores con la idea de la felicidad del mundo salvado; porque vosotras no visteis el espectáculo propio únicamente, y únicamente reservado al mundo de acá de la Cruz, de la esposa cristiana, convirtiendo en Cecilia, para usar la frase feliz é inspirada de la Iglesia, abeja laboriosa de Cristo,

al feroz león en humilde cordero; á Valeriano, de gentil en mártir cristiano; porque no podíais comprender el secreto de esas existencias y de esos dolores, que cubren las apariencias sociales y las aparentes alegrías del hogar; porque no visteis hijas, como Bárbara la Nicomediense, sacrificadas por sus propios padres; porque no visteis padres, agobiados bajo las insolentes demasías de sus hijos; porque no templaba, en fin, vuestro dolor de la naturaleza, vuestro dolor de madres, el recuerdo de los dolores de María como templa los de una madre cristiana, postrada ante el féretro coronado de rosas como el de la hija de Jairo, ó severo é imponente como el de Lázaro, el buen amigo del Hijo de María, el recuerdo de la Madre de los Dolores, que le señala el monte, el sacrificio, el dolor y el Cielo.

Y después de todo, mis hermanos, aquí no cabe *resignarse* ó *rebelarse*, según la célebre frase, tan comentada en nuestros días; la ley del dolor es tan fija, tan invariable como Dios y sus eternos juicios; en su esencia, como en sus formas; en su lugar, como en su tiempo; en su ejecución, como en sus detalles; no ha de ser, precisamente, ni en el tiempo, ni en el lugar, ni en la forma en que nosotros deseábamos aceptarle; lo proclamó Dios á su pueblo en el Deuteronomio, en la ley antigua; lo practicó con su Madre en la cima del Gólgota, en la de gracia, y lo seguirá ordenando y practicando así, según su divina inexcrutable voluntad, hasta el fin de las edades.—*Ad locum*, etc.

Pues así lo quiere Dios, mejor será que el hombre se anticipa á sus deseos; mejor que las sociedades, como los pueblos, las familias, como los individuos, repitan al recibir los dolores, con el Profeta coronado: *Bonum mihi quia humiliasti me.*—*Bien, Señor, porque me has humillado*; ó con el paciente y heróico varón de la tierra de Hus.—*El Señor lo dio, el Señor lo quitó, sea su nombre bendito*; ó como Helí, el infortunado viejo, al oír de boca del pequeño Samuel las amenazas y las predicciones divinas de los inminentes castigos de la ira de lo alto.—*Dominus est: quod bonum est in oculis suis faciat*:

*Es el Señor: haga lo que le parezca bueno á sus ojos*: que inocentes ó culpables, amados ó aborrecidos de Dios, siempre ha sido y será el dolor el camino de la prueba ó de la expiación, del amor ó del arrepentimiento; y en consecuencia de todo, la senda de nuestra felicidad, de nuestra elevación y de nuestra grandeza.

Mirad, si no por último, la viva y tierna simpatía que siempre y por siempre ha excitado y sabe excitar el ajeno dolor en los corazones bien nacidos: cuando vemos, cuando oímos siquiera el relato de una gran desgracia, de un profundo dolor, nos conmovemos, nos admiramos; nuestros labios parecen querer dejar escapar la frase que acaba de concebirse involuntariamente, sin darnos apenas cuenta de ello, en el fondo de nuestra mente y de nuestro corazón, ¡esto es grande! decimos, ó por lo menos pensamos y sentimos; y es que el dolor eleva, cuanto el placer abate; y es que el dolor fortifica, cuanto el placer enerva; y es que el dolor santifica, cuanto el placer deshonra; y es que el dolor consuela, cuanto el placer entristece y agobia, y desespera y fastidia, en su posesión, en su pérdida, en sus contrariedades y en sus remordimientos; que bien dijo el poeta del gentilismo, aleccionado únicamente por la triste cotidiana experiencia de la vida y de sus vicisitudes y trastornos, que el dolor viene siempre á ser el término del placer, y á servir de expiación, acaso en interminable cadena.

Virgen dolorosa, que vuestros dolores mitiguen y hagan provechosos los nuestros; que vuestra obediencia y vuestra puntual exactitud en el sacrificio de vuestro adorable Hijo nos marque la línea invariable de conducta en circunstancias bien frecuentes, por desgracia, en la vida; que ese monte, ese precepto, ese sacrificio, esa víctima, Vos misma, sacrificadora y sacrificada, seáis, en vuestros Dolores, nuestra guía, nuestra protección, nuestro amparo y nuestro consuelo; para que por ese monte y esos dolores, podamos, cual Moisés desde el Nebo, contemplar primero, y después gozar, por siempre, de la tierra sin dolor, ni desdicha alguna, en la Gloria.—Amén.

PLAN DEL SERMÓN DE DOLORES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

---

*Ad locum, quem elegerit Dominus.....  
venietis et offeretis holocausta, et victimas  
vestras.*

Al lugar, que el Señor eligiere.....  
vendréis y ofreceréis vuestras vícti-  
mas y holocaustos.

(Deut.-12-5 y 6.)

*Exordio. El Deuteronomio.—Segunda ley, ó repetición de ella. —*  
Síntesis general del libro.—Subida de Moisés al Nebo, y de Jesucristo  
al Calvario.—Vista de la tierra prometida para el pueblo hebreo,  
desde la cima del primero, y para el cristiano, desde la Cruz.—  
¿Por qué no murió María con el Salvador?—¿Por qué no murieron  
los verdugos y los seguidores de Cristo?—¿Por qué no morimos nos-  
otros al contemplar estos dolores?—Las palabras del tema, dirigidas  
á María, y por ella á la humanidad, en enseñanza y ejemplo.—  
*Las naciones, las familias y los individuos se elevan por el dolor, y*  
*se deprimen por el placer.—Ave María.*

---

Circunstancia especial, considerada por un Sto. Padre, en estos do-  
lores.—María presenciando en el Calvario la muerte de J. C.—Eva,  
Agar, Sara, Raquel, Resfa, no presencian la muerte de sus hijos.—  
S. Juan Crisóstomo, sobre esto.—Dios oculta á Noé los detalles del  
Diluvio, á Lot los de Sodoma.—A María se la manifiesta todo, en  
sus dolores.—Sedecías no es muerto en presencia de sus hijos.—  
En María debe cumplirse el precepto del Deuteronomio.—No en  
Belén—no en el Templo—no en mil ocasiones—no en sus brazos—  
En el Calvario, para que las sociedades, como los individuos,  
aprendan la elevación y grandeza en los dolores, cualquiera que sea  
su causa, la prueba ó el castigo.—El pueblo judío, grande en la

esclavitud de Egipto, y libertado al fin—miserable, y vencido en los  
placeres,—grande, en las cautividades,—pequeño, y al fin deicida,  
esperando un Mesías carnal.—Roma.—Atenas.—Esparta.—Lace-  
demonia.—Babilonia.—Su destrucción como la de los imperios anti-  
guos.—España.—La de hoy y la de ayer.—La de Witiza y Rodrigo  
y la de Isabel la Católica vendiendo sus joyas.—La familia.—Sus  
dolores.—Escenas bíblicas.—Tiendas patriarcales.—Disgustos.—  
Les faltaba el ejemplo de los dolores en María.—La madre, la espo-  
sa y la hija cristiana.—La pérdida de seres queridos.—La enseñanza  
y el consuelo en el dolor.—Reflexiones.—El dolor es inherente á la  
naturaleza humana.—Tiene que venir.—Es preciso anticiparse á  
él.—Excita simpatías.—Es grande y sublime.—Purifica y enaltece.  
—Santifica y salva.—Es preciso recibirlo en la forma y circunstan-  
cias que Dios le envía.—Exhortación y súplica.

---